

diferente, tan patética, tan buena, tan superior á lo que yo pudiera dar á entender, que cada vez me sorprendía más y nunca dejé de derramar lágrimas al escucharlo.

Lo mismo me pasaba cuando le acompañaba al templo, que era por lo regular San Cosme.

Dejábamos los caballos á la puerta y penetrábamos á lo más solitario y sombrío. Allí se arrodillaba y comenzaba su oración de esta manera:

«Señor: yo te adoro y me prosterno ante tí, vengo á rendirte el homenaje que la criatura debe á su Creador,» y continuaba tan elocuente y sublime, que muchas veces besé sus manos como si reconociera á un sacerdote del Altísimo.

Forzoso es que cambie mi decoración, porque no acabamos nunca, si diera suelta á mis recuerdos del Sr. Pedraza. Tengo conciencia de que me amó con ternura; pero yo siempre le amé más.

III

Presentación de Otero en la casa de Pedraza. — Otero, rasgos biográficos. — Otero y Tornel. — Gran discurso de Otero. Su vida íntima. — D. Luis de la Rosa. — Sr. Trigueros, rasgos biográficos; su vida pública; vida íntima. — Bravo y Canalizo. — Substituye á Santa-Anna. — «El Siglo XIX.» — Santa-Anna y «El Gallo Pitagórico.» — Aduladores. — Schiafino, rasgos biográficos. — Anécdotas del ejército del Norte. — Badillo. — José Justo Alvarez. — Agustín del Río. — Alejo Barreiro. — Fernando Urriza. — Ribeau. — Angel Lascurain. — Miñón. — Maulia. — Correa. — Anécdota de Lascurain. — Corte de Santa-Anna. — Sra. Vallejo. — Pascua del Espíritu Santo. — San Agustín de las Cuevas, descripción. — Manuel Rodríguez. — Royuela. — Urrutia. — Santa-Anna. — Albures y Gallos. — Censuras. — Las cámaras. — Demolición del Parián. — Descripción del Parián. — Varios comerciantes. — Los chatos Flores. — Rico. — Comerciantes del Parián. — Vida y costumbres de los dependientes. — El Portal de Mercaderes. — Portal de las Flores. — Vendimias. — D. José Hidalgo. — El 6 de Diciembre. — Vísperas. — Orgía palaciega. — Bases orgánicas. — El 29 de Noviembre. — Alas y Llaca. — Pedraza. — Llaca. — Alas. — D. Luis de la Rosa. — Llaca, rasgos biográficos. — Alas, rasgos biográficos. — D. Pedro García Conde. — D. J. Joaquín de Herrera. — Pronunciamiento del 6 de Diciembre; descripción. — Nuevo Gobierno. — D. Luis Cuevas. — Riva Palacio. — Echeverría. — García Conde, Ministro. — Callejón de la Olla. — Folletistas. — Do-

mingo Revilla.—Juan N. Navarro.—Alcaraz.—Ramírez (a) el Nigromante.—Banuet.—Iturbe.—J. J. Baz.—Eulalio Ortega.—Papeleros.—Azotes á Revilla.—Episodio de Haro y Pedraza.—D. Joaquín Herrera.—Peña y Peña, rasgos biográficos.—D. Bernardo Couto.—Fernández del Castillo.—Pronunciamiento de Salas.—Paredes, rasgos biográficos.—Lafragua.—Rasgos biográficos.—Domingo Ibarra.—Comonfort.—Cardoso.—Otero.—Paredes, personal y familia.—Yo.—«El Tiempo.»—Redacción.—Bermúdez de Castro.—Tertulia de militares.—Valiente rasgo de García Torres.—«El Monitor.»—Su redacción.—Juan Navarro.—Alcaraz.—Torrescano.—Revilla.—Destierro de García Torres.—«Don Simplicio.»—Vicente Segura Argüelles.—Nigromante.—Payno.—Prieto.—Rasgos biográficos de V. Segura.—Mi aventura con Paredes.—Otra vez Santa-Anna.—Sierra y Rosso.—Mujeres hermosas.—Virginia Gourgués, modista.—J. Rincón Gallardo.—Paseo de la Reforma.—Descripción de México.—Pronunciamiento de la Ciudadela, de Salas.—Palo Alto y le Resaca.—Juan José Baz.—Secretarios de Baz.—Iglesias y yo.—Olagüibel.—Basadre, rasgos biográficos.—Los motines.—Borda.—La Universidad.—Próspero Pérez.—Guardias nacionales.—Victoria.—Hidalgo.—Independencia.—Mina.—Junta de moderados.—Santa-Anna.—San Luis.—Los Polkos.—El obispo Irizarri.—Peña y Barragán.—Monterrey.—Americanos.—D. Pedro Anaya.—Martínez de Castro.—Cerro Gordo.—Redacción de «El Monitor.»—El 9 de Agosto.—Guerrilla de pluma.—Texcoco.—El General Valencia.—Campamento en Texcoco.—Salas.—Alvarez.—Valencia.—El Padre Cortazar.—Vista retrospectiva al Peñón.—Gran misa en el cerro.—Santa-Anna.—Hacienda de S. Antonio.—Vísperas de Padierna.

Se alza el telón.

La escena representa un amplio y bien amueblado salón, contiguo á una antesala de cristales.

Frente á la entrada del salón, una gran chimenea encendida, y á su alrededor tres sillas. Son las 5 de la tarde, y es una tarde de Noviembre, para poner en vergüenza al cielo, según lo destemplada y lluviosa.

Una de las tres sillas acabadas de mencionar, la ocupaba el Sr. Pedraza leyendo, la otra la señora ocupada en un tejido de gancho, y la otra yo, que me ponía en pie para atizar la chimenea.

—Me parece que oigo ruido en la antesala, dijo la señora.

D. Manuel.—Es algún muchacho que se divierte tocando el tambor en los vidrios.

Yo, levantándome, yendo á la antesala y volviendo.—Es un hombrazo que llega bien mojado y que dice desea ver á Ud.

—Pase, gritó el Sr. D. Manuel.

Y apareció un hombre, alto, grueso, desgarbado y encogido, con un amplio barragán azul forrado de balleta encarnada, unos pantalones de cotona blanca anchísimos, que se inflaban como una mongolfiera, y un levitón color de ladrillo, bajo el barragán.

La fisonomía de aquel personaje, era lo más dulce y simpática que pudiera imaginarse, con su cabello lacio y descuidado, su patilla de columpio, su boca fresca y expresiva, y sus ojos garzos, brillantes de inteligencia y bondad.

—Yo soy Mariano Otero, dijo el desconocido, tendiendo la mano con cortedad y respeto á Pedraza.

Este dejó el libro y abrazó con entusiasmo al des-

conocido. La señora se puso de pie y le abrazó también, yo fui por una silla para el nuevo actor; al volver con ella, le dijo Pedraza, presentándome: nuestro Guillermo Prieto.

Otero dejó su sombrero en el suelo y me abrazó alzándome como una pluma.

Sr. Pedraza.—¿Pero D. Mariano, no escribí á Ud. que se viniera á casa y aquí se le asistiría?

—Sí señor, dijo la señora, porque somos sus admiradores, porque su discurso de 16 de Septiembre nos encantó, y D. Manuel lo leyó aquí á sus amigos llenando á Ud. de elogios.

Otero no hallaba qué hacer, ni dónde poner los ojos con aquellas descargas de alabanzas, hasta que volvió su brazo y ocultó en él su semblante como cualquier labriego.

—Ud. ha escrito algunos artículos literarios.

—Pocos señora, muy pocos, mi pasión fué por las matemáticas, pero antes de recibirme me dió unos trabajos el Sr. Escandón, y mi anhelo fué recibirme de agrimensur.

Sr. Pedraza.—Celebro el cambio, ¿y á qué se debió?

Otero.—A que mi maestro el Sr. D. Crispiniano del Castillo, me llevó á su estudio, me dió libros y me alentó en mis horas de desfallecimiento y pobreza.

La señora.—De esa época son sin duda los artículos literarios de Ud.

—Es cierto; una compañía de cómicos, entre los cuales había algún amigo, me forzaron á que hiciera

anuncios y juicios críticos de sus representaciones, me pagaban y yo escribía mil desatinos; pero que les tenían cuenta... y entonces empezaron á hablar de mí.

—Bueno está todo eso; pero ¿por qué no se viene á mi casa?

—Porque no vine sólo, sino con toda mi familia. Por ahora vivo en la Estampa de Jesús María, en una de esas casitas incomodísimas de plato y taza, con una escalerita de caracol que comunica lo de abajo con lo de arriba y por la que paso con trabajo... Pero ya me vió mi paisano el Sr. Cumplido y me ha proporcionado en la calle del Hospital Real núm. 6 una vivienda exterior, que gana poca renta y ofrece mayores comodidades.

Después de un rato en que se hablaron generalidades, se despidió Otero... y dijo D. Manuel con sincero entusiasmo... Este pájaro canta en la mano. Este es un hombre de mucho provecho.

Instalado Otero en la calle del Hospital Real y redactando el *Siglo*, su diversión favorita era el teatro, y concurría á Nuevo México, donde Pineda y Obregón, Concha López, la Pelufo y la Cañete daban la ley.

Pineda montaba la escena con esplendor; en el Trovador lucía una armadura de plata que deslumbraba.

Otero se aficionó de un modo irresistible á la manera viciosa de declamar de la Pelufo, y la imitaba, sin quererlo, en la conversación y en la tribuna.

El dejo de la voz de Otero era dulce y sonoro, con ese acento tapatío metódico y como descuidado que

mucho halaga; pero unido á la declamación de la Pelufo, lo hacía casi extravagante. De ahí tomaron pie los estudiantuelos cócoras para ridiculizar á Otero, quien reía de sus burlas y correspondía chancista y alegre, como colegial aguerrido.

Entretanto las discusiones en el Congreso constituyente de 42, arrebatában la atención; el país podía contemplar con orgullo á sus hombres eminentes y á la tiranía militar en su deformidad brutal y repugnante.

En efecto, no es para pintar á vuela pluma aquel razonar, aquel exponer y aquella elocuencia fácil y natural de D. Juan José Espinosa de los Monteros, de humildísimo aspecto, con su capita azul y sus zapatos tapetados, y en la tribuna, gigante, irresistible, contundente.

Aquel Pedraza, Júpiter Tonante de la tribuna, arrancando sus lauros á la victoria entre truenos y relámpagos....

Se trataba de la federación; Tornel había quedado dueño del campo, con su figura arrogante, sus movimientos trágicos, sus imágenes hiperbólicas y retumbantes.... «Cavaremos un abismo, decía, en el que primero se llegará á la eternidad que al fondo.» Tornel, órgano del Gobierno, combatía la federación; Pedraza, Otero y Muñoz Ledo, eran sus más ardientes defensores.

Habló Tornel, como dijimos, y mientras duraban aplausos y felicitaciones, nosotros azuzábamos á Otero para que contestase....

—Anda Pelufito.... verás qué pita recibes.

—Dejen, dejen, voy á darle una cuereada, decía Otero.

—Pido la palabra. Púsose en la tribuna y comenzó con aquella declamación conocida.

La gente reía con desprecio.

De pronto se irguió, se abrochó la levita.... y se inclinó á nosotros, diciendo: ya lo verán.

Su discurso fué como el desplegarse, tenues primero; después, poderosas; al último, sublimes las ráfagas de una aurora boreal que inunda en oro y púrpura el horizonte.... aquella voz como corriente cristalina murmuraba, se precipitaba ó rugía como torrente, como luz rielaba en una superficie de diamantes ó tendía sobre la nube negra los colores del iris el horizonte, desaparecía entre los esplendores divinos de su espíritu.

La galería se convirtió en una reunión de estatuas. Los diputados abandonaban sin hacer ruido sus asientos y venían á rodear al orador suspensos de sus labios.

Aquellas palabras dejaban al pasar algo de luminoso y perfumado; parecía que anonadada la carne, asistíamos á un gran festín de inteligencias....

Así, en aquella absorción, en aquel éxtasis, en aquella aparición de un mago que nos subyugó, duramos tres horas, sin un momento de respiro, sin una señal de impaciencia.... Terminó el discurso como desemboca al mar un río caudaloso rebosando vida, y terminando como quien triunfa.

Al descender de la tribuna, cayó en nuestros brazos, y él reía y jugaba y no tenía conciencia de que había ganado un renombre inmortal.

De allí le llevamos á retratar, y él con mucha inocencia decía no me pongan muy feo

La casa de Otero era la casa de sus amigos. Se complacía en servirlos y agasajarlos, y mostraba satisfacción íntima cuando usaban en ella de la mayor confianza.

Su señora D^a Andrea Arce secundaba admirablemente á su esposo, previniendo sus deseos y consagrándose á su cuidado.

Era Otero muy goloso; por los guisos de su tierra tenía pasión, y eran motivo de festejo el garbancillo, el mole de pepita, los pescados de Chapala, etc.

La mesa de Otero era una insurrección de alegría, y cuando venía de la calle, le seguía una escolta de dulceros, fruteros, pasteleros y cuanto encontraba al paso.

Sus amigos más íntimos eran: el Sr. Pedraza, Mariano Yáñez, notable por su saber y su lucidez de percepción; Cardoso D. Joaquín, sabio profundo y manantial de gracias; Comonfort, juguetón, servicial y condescendiente; Cosme Torres, alianza de candor y sabiduría agradabilísima; Payno, escurridero original, admirable para los juegos de prestidigitación, con sus aspiraciones de cocinero, con sus leyendas de la frontera que rehacía á su capricho, con Guillermo Valle, de fecunda inventiva y tan diestro, que él mismo creía en sus mentiras como si fueran sucesos ciertos.

Y tal reunión que fué influyente como ninguna otra en los asuntos políticos de la época, en un momento dado, se volvía una reunión de colegiales guerristas que salían al campo á hacer guerra de manzanas, jugar á la pelota ó á los bolos, ó comer tamales en un llano del modo más campestre del mundo.

Espiemos ahora, como de paso, y como quien dice por el agujero de la llave, al dulcísimo Luis de la Rosa, que ni se apercibe de que lo queremos retratar: tan absorto así está en esos ensueños poéticos que formaron el urdimbre de su vida entera.

D. Luis de la Rosa nació en Pinos, del Estado de Zacatecas; hizo sus estudios brillantes en Guadalajara, donde se distinguió en el partido liberal exaltado, redactando, con otros, la *Estrella Polar*, y publicando escritos que llamaron sobre él la atención pública.

Pero á estas agitaciones de la vida pública se entregaba por convicción y como obligado por las circunstancias, su gran pasión era por la historia natural; conocía profundamente la botánica; se deleitaba con la ornitología, y hacía costosas expediciones para hacer una averiguación geológica.

Bajo aquel aire modesto y aquellas costumbres apacibles, sus pasiones políticas eran vehementísimas, aunque repetía constantemente que era necesario ser manso como la paloma y cauto como la serpiente.

La intervención que tuvo en la testamentaria de un

sacerdote que dejó una gran biblioteca de libros místicos y una excesiva imposición para misas y las ánimas, hicieron que D. Luis abriera un remate de breviarios, misales y santos padres en cambio de misas y preces, con lo que la testamentaria se salvó, y los herederos tuvieron pingües ganancias. También mandó decir misas á España, donde le costaban muchísimo menos; con todo lo cual saldó las mandas testamentarias, dejando á los padrecitos mexicanos ardiendo sus almas.

En el Estado de Zacatecas, D. Luis colaboró eficazmente á los trabajos de D. Francisco, adquiriendo merecida fama de inteligencia y de probidad sin mancha.

Rosa odiaba profundamente el militarismo, y decía frecuentemente que de un soldado todo puede hacerse, menos un hombre razonable y útil.

Llegado á México cobró lugar, en primer término, con el partido de la oposición, en el que Alas, Boves, Olaguibel y otros, eran los de más acción.

Rosa, sin estrépito y con disimulo impenetrable, preparaba sus redes; las tendía en silencio, esperaba; sufría resignado las contrariedades; se acercaba como con pies de seda á su casa, y en un momento la casa encima, sin que se le pudiera escapar; así preparó la acusación de D. Ignacio Trigueros, á quien enloquecía la persistencia y la frialdad con que aquel enemigo consumaba su ruina.

Y decíamos frialdad, porque Rosa no era un hombre de discusión ni disputa. Raras veces salía de su casa.

En las ventanas y balcones había plantas y flores, lo mismo que en el corredor. Por un lado, en una grande ánfora de cristal, pescados de colores, y sobre su bufete, en jaulas primorosas había colibrís, que él mismo alimentaba con agua de azúcar.

Su mayor delicia era rodearse de ramos de flores y de pajaros, y llamar á su hija Julia á que tocara la cítara, lo que hacía la niña con dulzura angélica, mientras Rosa, con los ojos cerrados, sorbía á pequeños tragos café sin dulce á que era afectísimo.

Rosa era al extremo callado, su andar era pausado y como oscilante, sus ojos hermosos pero amarillentos y tristes.

En la tribuna no levantaba la voz ni le comunicaba colorido; lanzaba las acusaciones más tremendas como si las estuviese leyendo en otra parte, y la rechifla ó el aplauso los veía como dirigidos á persona que ni él conociese.

En la redacción del *Siglo*, era Rosa humilde, y profesaba á Morales, á Otero y á Pedraza veneración profunda.

Rosa escribía deliciosas miniaturas, su inspiración era como una flor que se dejase llevar por una corriente cristalina, ó como celaje de oro que se meciese bajo el azul del cielo. Hablaba de flores y de cielos, del arpa de una cuerda, y del querubín, pero iluminando todo con una sensibilidad exquisita, con una ternura inexplicable: su pluma era la vara mágica que tendía sombras, encendía hogueras, lanzaba el rayo y

dominaba el lago sobre la yerba para que le cantase quejosa á la caída de la tarde la tórtola viuda. Rosa era un gran poeta que escribía en prosa.

Favor espontáneo y generosísimo del Sr. D. Ignacio Trigueros, Ministro de Hacienda, conmutó mi destino de visitador, por otro de inferior categoría, en la Renta del tabaco, y Payno, siguiendo mi ejemplo logró colocación en la Administración de tabacos.

El Sr. Trigueros era el tipo del costeño, pero el costeño embellecido con cierto barniz de elegancia, franqueza y buen tono, que lo colocaba en primer término de la culta sociedad.

De cuerpo regular, moreno, ojos negros vivísimos, blanca dentadura, cabello crespo, la fisonomía alegre, los modales prontos, aseado hasta la exageración.

Se contaba que era hijo de un honrado carpintero; pero que inepto para el oficio, fué á servir á una casa de Alvarado, donde se había trasladado el comercio, con motivo de la permanencia de tropas en Ulúa, después de la Independencia.

Trigueros sólo por sí mismo, y cumpliendo con sus obligaciones de infimo sirviente, perfeccionó su letra, se dedicó á la contabilidad, y aprendió el inglés, escribiendo, como podía, las palabras que oía y acopiándolas en la memoria hasta llegar á poseer el idioma con soltura y propiedad.

Fué entonces solicitado como dependiente de la ca-

sa de Hargonis; en poco tiempo fué el dependiente principal, viajó, negoció, tuvo parte en los intereses de la casa; su hermana Juanita casó con uno de aquellos opulentos comerciantes, y ahí tienen Uds. á Trigueros, capitalista, hombre expedito para los negocios, y un gentleman hecho y derecho.

Por lo mismo que su origen había sido muy humilde, estudiaba el modo de aparecer correctísimo en todo, y modelo de la más exquisita urbanidad.

A sus parientes pobres y á sus humildes amistades de infancia, los favorecía y protegía con largueza.

Dotado de un corazón en que la bondad y la caridad dominaban, aprovechando su encargo municipal en Veracruz, construyó el mercado, hizo fuentes públicas, y en los establecimientos de beneficencia dejó tiernos recuerdos de su presencia generosa.

Bajo tan felices auspicios, vino Trigueros á México como diputado, y tuvo amigos en todos los partidos, y los infelices tuvieron en su casa un lugar de amparo y un bienhechor.

Yo le acompañé á sus primeras visitas al Hospicio de pobres, que se encontraba en el mayor abandono, no obstante los esfuerzos y el espíritu de caridad evangélica del Sr. Canónigo D. Agustín Carpeña.

Patios llenos de arena, con yerba crecida á las orillas de los caños, rejas arrancadas, ladrillos sueltos en los corredores, pedazos de techo hundidos; en el comedor hambre, en la cocina humo, tizne y huesos su-

plantando á la carne. En el departamento de mendigos, mugre, frío y esqueletos vivientes....

Trigueros emprendió la reforma, gastando de su peculio sumas considerables, aseó el edificio, anuló contratos onerosos, destruyó con suma energía la corruptela que se había introducido *de dar* jóvenes á las fábricas de hilados para que allí sirviesen como operarias, y corrigió, afrontando odios y calumnias, los abusos de que era presa establecimiento tan importante.

A Trigueros se debe la estatua del Capitán Zúñiga, fundador del Hospicio.

En el interior de la casa, Trigueros era magnífico y el lujo se adunaba con lo sencillo y útil.

Tenía una extensa pieza con estantes para su ropa blanca, medias y corbatas, las camisas eran incontables, las mudaba dos veces al día y cuando por casualidad la manchaba levemente, corría á su casa á relevarla al momento.

Su comedor cambiaba de decoración en invierno y verano: en la primera estación, le revestían alfombras, ardía la chimenea, abundaba el cristal de Bohemia y se servían manjares suculentos, ponches y vinos calientes.

En verano se ostentaban jarrones con flores, esteras chinas, hielo, frutas en abundancia y helados exquisitos.

Concurría á la casa de Trigueros la flor y la nata de la sociedad veracruzana, disputadora, manirrota, audaz é irrespetuosa como el demonio.

Podía admirarse en esas mesas, la verba inagotable, el memori6n estupendo y el talento clarísimo de Jorge de la Serna, el chiste seductor de Ituarte José Luis, el dejo jarocho de Mosquera, las salidas de Pancho Lezama, la brusca nobleza de Zamora etc.

Además, Trigueros tenía en su intimidad hombres de mérito á quienes llenaba de obsequios. Entre otros recuerdo á D. Carlos María Bustamante, con sus pantalones de dril, su guácaro de indiana, su capita color de pasa; muy viejecito y muy coloradito, con sus enormes anteojos de plata, cabalgando sobre su roma nariz.

Yo era muy especialmente favorecido por el Sr. Trigueros, quien me amparaba del círculo Santa-Annista que me odiaba, lo mismo que Santa-Anna á quien ni de vista conocía, exceptuándose como defensores míos, los tres Lombardo, Basadre y el Sr. Tornel por un poco de tiempo.

La redacción del *Siglo* ardía en discusiones vehementes, al calor de esas discusiones acudían hombres de acción á ofrecer servicios y dinero.

Santa-Anna había mandado llamar al Sr. Morales para amonestarlo y reconvenirle por sus escritos. Morales guardó silencio; pero en un momento le dijo con marcada resolución:

«Yo he de seguir escribiendo como hasta hoy, y tenga Ud. muy presente, que cuando comencé esta tarea, me convencí de que en lo más que puedo parar, es en cuatro velas y un petate.»

Otero y Pedraza fueron presos después. Yo escribí

entonces en la parte política y tenía como vergüenza de no estar preso, ni padecer nada por una causa que me parecía tan hermosa.

Mientras el ilustre General Bravo anublaba sus glorias haciéndose instrumento ciego de la tiranía grosera y de las arbitrariedades de Santa-Anna, mientras lo relevaba Canalizo en su tarea ingrata de servir de manequí al déspota, mientras se hundía Yucatán y en México llovían negocios desastrosos, gabelas y préstamos, el círculo de favoritos del poder y de lacayos del héroe improvisaban fortunas opulentas, aparecían en la escena advenedizos viciosos, soldados matones, tahures insolentes, galleros provocativos, deudos espúreos y cuanto puede tener de más asqueroso una sociedad corrompida.

Y aunque todos los labios cortesanos ensalzaban la paz, y hoy se erigía una estatua y mañana se anunciaba la planteación de un ferrocarril, á la vez que se publicaban los loores de las potencias extranjeras al héroe del Pánuco. El resorte oculto de tal empleo, el secreto de tal contrata, la historia de tal regalo, el influjo de tal meretriz y los repetidos ultrajes á la justicia y al honor, desmentían la cómica imitación de la grandeza monárquica y envilecida, la nación amontonaba combustible con la esperanza de castigar ejemplarmente un día al sátrapa que conculcó sus derechos y correspondió con villanía á la confianza que depositó en su desmentida probidad.

Entre los Ayudantes de Santa-Anna había un joven

gallardísimo que se distinguía por su talento, por su figura aristocrática y por su chispa y travesura inagotables.

Moreno, ojos verdes, cabello de seda, gran bigote, serio, pero como conteniendo las sonrisas, valiente, enamorado, franco y chispeante, de donaire y originalidad.

Hijo de un barbero ó maestro de escuela obscuro, pero desde niño con levantadas aspiraciones, rompió un día con toda clase de preocupaciones, se echó la capita al hombro y anda y anda y anda, hasta hacer pie en la frontera del Norte, y no sé en qué artes, figurar en la familia del General Arista. Conoció este hábil general sus aptitudes, le confió comisiones importantes, y campechano, alegre y compartido con sus amigos, entre los que figuraba Payno en primer término, conquistó un lugar realmente distinguido en el heroico ejército del Norte.

Schiafino nada sabía á fondo; pero todo lo comprendía, lo embellecía y le comunicaba cierto sello de buen tono muy simpático.

Preparaba un banquete y disponía un menú sorprendente. Pedía luz, flores y beldades y creaba un baile olímpico; y para intervenir en la pompa de una recepción oficial, no tenía precio.

Se acicalaba como una dama y vestía cuan lujosamente podía para entrar en campaña, y á todos admiraba su jovialidad en lo más reñido del combate.

Dióse á conocer su aplomo y sus recursos oratorios en un baile de Matamoros.

Los oficiales estaban á la cuarta pregunta, y no obstante, dominaban por sus maneras, su bien hablar y sus tipos elegantes. Celosos los tenderos polizones que daban el baile, de la preponderancia de los advenedizos, y conocedores del mal estado del interior de su equipo... en cierto momento gritaron: «¡fuera casacas!» y así se acostumbraba á cierta hora, ya por el calor excesivo; ya como pretexto para lucir camisas de ricos lienzos con bordados lujosos, botones y mancuernas de diamantes.

«¡Fuera casacas!» gritaron los abarroteros enfurecidos; los oficiales resistieron: se instó, se acalararon los ánimos, las señoras estaban en expectativa temerosa.

Schiafino se adelantó al medio de la sala:

Señores, dijo; es notoria la miseria que sufre el ejército á que tenemos la honra de pertenecer; pero esto no obsta para que estemos orgullosos de defender aquí la independencia nacional, y para que procuremos hacernos dignos de damas tan hermosas y llenas de virtud, y de caballeros tan cumplidos... «¡fuera casacas!» se ha dicho, demos gusto á todos.

Y diciendo y haciendo se quitó la casaca, puso de manifiesto los girones de su camisa y el cuello pretensioso, tieso y aristocrático.

Todos quedaron estupefactos; las señoras se pusieron en pie, obligando á Schiafino á cubrirse, y al siguiente día el comercio abrió una subscripción para dotar de abundante ropa blanca á los oficiales.

Pero en lo que no tenía rival Schiafino, era en su

manera de recitar sus aventuras, adulterándolas con su inagotable inventiva, aunque dejándoles un fondo de verdad.

Ya urgido por el hambre, entraba á un tendajo en Matamoros con un compañero de buena fe, y sin que lo advirtiese fué extrayendo unos huevos del mostrador y depositándolos en las bolsas de los faldones del camarada... Ya se había consumado el robo, pero el compañero carabanista hace un saludo para despedirse, topa con la pared y una catarata de claras y yemas lo denuncia.

Ya aborda una mesita en que se venden tortas compuestas y se confabula con un amigo que le cubra los ojos diciéndole: ¿me conoces? mientras él coge las tortas; pero el amigo pone mal las manos y Schiafino, que va confiado y con mucho tiento á tomar una torta cuando le agarran la mano gritándole, ah! pícaro!

Ya le sorprende un rancharo en una excursión nocturna con sus ribetes de erótica y le grita ¿quién es Ud.?

—Soy somnábulo.

—¡Qué sonambo ni que sonambo; Ud. es Don Chafino, y ya lo verás con el general.

Pancho, sin afectación tenía los hábitos de gran señor: batas de seda, chinélas chinas, joyas deslumbradoras, arnés militar espléndido, caballo arrogante. En su cuarto de hotel nunca faltaban vinos exquisitos para obsequiar á sus amigos, ni puros de Regalia de los que costaban una peseta cada ejemplar.

Como debe suponerse, tanto boato no estaba en ar-